

El flautista de Hamelin o la mayor mentira jamás contada

Blanca Álvarez*



Perdido el original relato de El flautista de Hamelin, lo recuperamos en un texto de Marcel Schwob, La cruzada de los niños, que se hace eco de una gesta ignorada por la historia oficial: una particular «manifestación», a principios del siglo XIII, protagonizada por niños que abandonaron sus hogares y vagaron por toda Europa.

Quienes no contaron con historiadores puesto que la miseria, el hambre y la peste no resultan atractivos, y caso de vivir las guerras, los campesinos llamados a tal fin ni usaban casco ni fueron objeto de leyenda alguna, utilizaron los relatos orales para narrarse a sí mismos y dejar a sus descendientes esa historia ignorada en los manuscritos iluminados por los frailes. No se trata de una crueldad gratuita impuesta al relato para asustar en noches de invierno, sino de dar cuenta de esa crueldad que fue vivida y no debe ser ignorada. Por eso resulta doblemente dolorosa la perversión manipuladora de *El flautista de Hamelin*, que ha llegado a nuestros días como un simple cuento centrado en la maldad del rey que no cumple la promesa de una recompensa al músico que libera al pueblo de la peste de ratas y, como medida de presión, utiliza la misma música para que los niños del reino desaparezcan.

Fijémonos en los mitemas del cuento que han llegado a nuestros días:

— Una plaga de ratas inunda un reino y amenaza con matar de hambre a sus pobladores.

— Un flautista se ofrece a eliminarlas con su música, a cambio de una bolsa de monedas.

— El rey no cumple el pacto, por tanto no paga y el flautista se venga llevándose a los niños con la misma flauta.



EL FLAUTISTA DE HAMELIN, MOLINO, 1931.

La cruzada de los niños

Ya en las muy edulcoradas versiones se dejan ver los entresijos de una verdad terrible: las ratas preceden, con su enloquecida invasión, a modo de anuncio, al jinete mortal de la peste. Aún no se había descubierto que la rata era portadora de la plaga, que cargaba con ella en sus lomos a través de un diminuto piojo rojo que, primero las enloquecía y después las convertía en agentes transmisores. Pero ahí está la imagen de las ratas como una plaga amenazadora. Cuando la peste ataca, una vez muertas todas las ratas portadoras, la peste se lleva, en primer lugar a los más débiles, es decir, a los niños.

Pero el cuento va más allá y trata de dejar constancia de una gesta ignorada por la historia oficial. Las crónicas medievales reseñan una muy particular cruzada, a principios del siglo XIII, en los estertores de la fiebre libertadora de los lugares sagrados, una cruzada realizada por los niños, que abandonan sus

hogares y comienzan a vagar, desde el centro de Europa hasta alcanzar el puerto de Marsella. Por el camino se les han ido uniendo otros niños, siendo tan inmenso el número que el papa Inocencio III se ve obligado a interceder ante el rey de Francia para que flete 14 barcos. Siete de ellos naufragan en los arrecifes de Reclus, los otros son apresados por los piratas beréberes.

Aunque, ya por principio, conviene señalar aquellos aspectos que sirven como crónica social del momento en que el relato fue concebido:

— El fanatismo religioso como válvula de escape a la miseria.

— El conocimiento, de hecho, de la relación existente entre la peste y las ratas.

— El escaso valor concedido a los niños en la época. Baste recordar que, incluso en las clases altas, los niños no eran reconocidos como personas, ni inscritos en la memoria familiar, hasta los 7 años (la misma fecha que la tradición se-

ñala como «entrada en el uso de razón»).

Dada la escasa validez documental que representaría cualquier versión «edulcorada y revisada», posiblemente resulte mejor analizar una magnífica obra literaria, escrita a mediados del siglo XIX por Marcel Schwob y que sí rinde un homenaje a la memoria olvidada de los pueblos sin notario de sus desgracias, y, por tanto, al relato popular de *El flautista de Hamelin*. Basándose en el hecho probado de esa cruzada infantil fallida, Schwob relata la historia desde los puntos de vista de quienes, de uno u otro modo, intervenían en ella. Es esta forma coral la que mejor permite entender el momento social en el que surge la cruzada y la posterior narración oral que da cuenta de ella.

Y es que, casi siempre, la literatura ha de salvarse a sí misma de quienes pretenden borrar sus huellas. Perdido el original relato de *El flautista de Hamelin*, lo recuperamos en este otro relato de Marcel Schwob, titulado precisamente

La cruzada de los niños (editado por Valdemar en 1996, junto con *Vidas imaginarias*).

Relato del goliardo

En la Edad Media se designaba como *goliardo* al clérigo vagabundo que llevaba una vida irregular; tanto que pasó como acepción de personaje dado a la gula y a la vida desordenada. De ahí que resulte curiosa la forma en que se ve a sí mismo y en que ve a los niños que inician la cruzada «... clérigo miserable errabundo por los bosques y los caminos para mendigar, en nombre de Nuestro Señor». A continuación señala como otros aún peores que él mismo en sus vicios, utilizan a los niños, «... les sierran piernas y manos, les sacan los ojos..., a fin de exhibirlos e implorar piedad». Diríase el antecedente en los relatos de usos picarescos en nuestra literatura. Refiriéndose a los niños «Eran peregrinos pequeñísimos. Son niños salvajes e ignorantes... No llegarán a Jerusalén. Pero Jerusalén llegará a ellos». Hermosa manera de incidir en que la importancia de cualquier viaje iniciático, como el Camino de Santiago en la época, no está en el lugar que se pretende alcanzar, sino en la enseñanza del propio camino.

Relato del leproso

Personaje simbólico por excelencia en una sociedad azotada por todas las plagas y curiosa la descripción que hace de sí mismo: «Ya no sé cómo es mi rostro, pero tengo miedo de mis manos. Corren delante de mí como bestias escamosas y lívidas... El Salvador no expió mi descolorido pecado. Estoy olvidado hasta la resurrección». Se señala la fecha exacta del acontecimiento histórico: «Hace mil doscientos años que el Salvador los salvó». El autor introduce en esta voz el primer diálogo con los niños, un modo de definir la «santa inocencia» con que vagan por los caminos de Europa:

«—¿Quién eres? —le dije

—Johannes el teutón —respondió. Y sus palabras eran límpidas y saludables.

—¿Adónde vas? —volví a decirle.

—A Jerusalén, para conquistar la Tierra Santa.

Entonces me eché a reír, y le pregunté:

—¿Dónde está Jerusalén?

Y él respondió:

—No sé.»

Siguiendo la tradición de los relatos orales donde los niños son protagonistas, el pequeño ni se asusta ni teme al leproso, trasunto de cualquier monstruo que

se presentase en su camino. Y es que el miedo se padece tras la pérdida de una mirada inocente capaz de igualarlo todo.

Relato del papa Inocencio III

Un papa definido por la historia como activo y enérgico que luchó contra Felipe Augusto y Juan sin Tierra, además de tomar la iniciativa de la Cuarta Cruzada (famosa por el saqueo a Constantinopla



WALT DISNEY, EL FLAUTISTA DE HAMELIN, SOCIEDAD GENERAL ESPAÑOLA DE LIBRERÍA, 1934.

de los cruzados) y de la expedición contra los albigenses, a quien el autor, sin embargo, presenta recluido en una celda de asceta dentro del propio palacio Vaticano: «En este lugar solitario... puedo encorvarme bajo mi fatiga terrestre... Perdóname mi papado, porque fue instituido y lo he sufrido... Hay grandes herejías. Nosotros debemos castigarlas despiadadamente».

A semejante personaje, fiel reflejo de su época, se le presenta el brete de esos niños, santos o demonios, que recorren incansables los caminos de Europa: «Y no sé por qué sortilegio más de siete mil niños han sido sacados fuera de sus casas. Son siete mil niños en el camino que llevan la cruz y el bordón. No tienen qué comer; no tienen armas; son incapaces y nos dan vergüenza. Son ignorantes de

toda religión verdadera. Mis servidores los han interrogado. Responden que van a Jerusalén para conquistar Tierra Santa... Esta cruzada de los niños no es una obra pía. Aumenta el número de vagabundos que van errantes en las lindes de la fe autorizada».

Visión propia de la ortodoxia creyente del momento. Sin embargo, es en este relato, donde Schwob, entronca más directamente con el anónimo relato oral que dio cuenta, siglos atrás del acontecimiento: «Como sabéis, Señor, el maligno se apodera gustoso de los niños. En otro tiempo adoptó la figura de un cazador de ratas, para arrastrar con las notas de música de su caramillo a todos los pequeños de la ciudad de Hamelin. Unos dicen que aquellos infortunados se ahogaron en el río Weser; otros, que los encerró en la falda de una montaña». A medio camino entre la admiración y el temor a tan inocente fe, el propio papa se excusa: «Mi fe ya no es la de esos pequeñines... ¿Qué señal les has dado?... ¡Siete mil! Aunque su fe sea ignorante, ¿castigarás la inocencia de siete mil inocentes?».

Tal vez lo más terrible del relato sea esa imagen de los niños huyendo de la seguridad de sus hogares, guiados, como ciertas aves, por un instinto anterior, tal vez perdido en la memoria de los adultos, o tal vez lo que realmente nos asuste es, como diría Marguerite Duras, que, «de los niños nadie sabe».

Relato de los tres pequeños

La parte más lírica, tierna y esclarecedora del relato se centra en este apartado. Ellos mismos se presentan y explican el modo en que «entienden la llamada de la flauta»: «Nosotros tres, Nicolás, que no sabe hablar, Alain y Denis, nos echamos a los caminos para ir hacia Jerusalén. Hace mucho que caminamos. Fueron unas voces blancas las que nos llamaron en la noche. Llamaban a todos los niños pequeños. Eran como las voces de los pájaros muertos en invierno».

Tan sólo los niños, como en el cuento del flautista, pueden escuchar esas voces: «Y todo el mundo se compadecía de nosotros. Porque no saben adónde vamos y no han oído las voces».



ALICIA CAÑAS, EL FLAUTISTA DE HAMELIN, EDEBÉ, 2005.

De manera similar a los personajes protagonistas de otros cuentos, son los más débiles, aquellos que serían considerados ineptos para la vida normal, los elegidos para las hazañas extraordinarias: «Hay aquí un niño que se llama Eustacio, y que nació con los ojos cerrados. Mantiene los ojos cerrados y sonríe. Es una niña la que lo guía y lleva su cruz. Se llama Allys».

Los héroes oficiales son guerreros de una vasta dinastía de reyes o de dioses; los héroes anónimos de los relatos orales anónimos, siempre resultan ser los menos capacitados, los, en apariencia, más débiles. Como en una interminable metáfora de David contra Goliat. Ahí radica la magia educativa de los cuentos.

Relato de François Longuejoux, clérigo

El decimoquinto día del mes de septiembre, del año 1212, tal como reseña este personaje, los mercaderes de Marsella fletan catorce barcos para librarse de la turba infantil, empeñada en cruzar un mar que se abriría para ellos y los llevaría hasta Jerusalén. No es tiempo de navegación, por el equinoccio y por las falúas de infieles que surcan el Mediterráneo desde Argel, sin embargo, temen tanto la presencia de esos fanáticos infantiles capaces de cuestionar todas sus creencias, que prefieren librarse de ellos aún a sabiendas del final.

En los dos relatos siguientes, uno de Kalandar que muestra la visión desde la otra orilla, otro de la pequeña Allys, señalando ya el destino de los pequeños, añaden la lírica visión de otra mirada: la del infiel que ve llegar a otros infieles para perpetuar viejas vejaciones; la de la niña que espera aún encontrar esa Jerusalén que le devolverá la vista al pequeño Eustacio.

Relato de Gregorio IX

«No los conocí. Sus alientos frescos no han acariciado mi vejez.» Hace cuenta del balance final: «Dios condujo hacia sí a los pequeñuelos cruzados, por el santo pecado de la mar... Siete naves zozobraron en el arrecife de Reclus: so-



CRISTINA LOSANTOS, EL FLAUTISTA DE HAMELIN, LA GALERA, 1997.

bre esta isla levantaré una iglesia de los Nueve Inocentes». El resto de las naves cayó en manos de los infieles que pretendían liberar.

Una herencia escamoteada

El parecido con el relato oral de *El flautista de Hamelin* se refiere a la narración de la extraña marcha infantil. El texto de Marcel Schwob se encuadra en la tradición literaria escrita, pero no dejan de ser curiosos ciertos paralelismos que también podríamos encontrar en otros relatos orales similares:

— El temor que produce en los adultos esa inocencia arrasadora, sin razones ni argumentos, que incita a los niños a realizar tareas que asustan a los adultos.

— Los protagonistas suelen ser, además de niños, seres aún más débiles en función de ciertas desventajas físicas como la ceguera o la mudez.

El relato aún hoy estaría vigente si encontrara narradores: son los más jóvenes quienes suben a las pateras o cayucos; son los más niños quienes, en las fronteras del horror, sobreviven sin otra ayuda que sus manos desenterrando minas antipersona; son los soldados de todas las guerras, los que, definitivamente, muestran con sus decisiones drásticas, el absurdo mundo al que los hemos condenado.

Sin embargo, escatimamos a nuestros pequeños el ejemplo de esos héroes, que les pertenece por historia y tradición, convirtiendo el relato de sus gestas en algo inocuo e inservible como modelo para presentes y futuras desgracias.

Por eso es necesario que sea la propia literatura homenajeando relatos perdidos, quien nos devuelva la esencia y las historias escamoteadas en nuestra herencia. ■

*Blanca Álvarez es escritora y periodista.